

I. PSICOLOGÍA E INDIVIDUALIDAD

HERENCIA. — INDIVIDUALIDAD BIOQUÍMICA. — INDIVIDUALIDAD CONFIGURATIVA. — CIENCIA Y UNICIDAD: DILEMA. — SIGNIFICADO DE LA «LEY». — SOLUCIONES PROPUESTAS. — TRES SERIES DE NORMAS. — PSICOLOGÍA DIFERENCIAL. — TIPOS. — PSICOLOGÍA CLÍNICA. — RESUMEN.

Empecemos comparando estas dos proposiciones: 1) Walter tiene una personalidad muy interesante. 2) La personalidad es una cosa muy interesante.

En la primera de estas proposiciones se excluye a Sam, a Jim, a Rut y a todos los que no son Walter. Dirijo mi atención a la configuración psicológica única que caracteriza a Walter como individuo. En la segunda proposición incluyo a Walter, a Sam, a Jim, a Rut y a todas las demás personas del mundo.

Estas dos proposiciones constituyen dos polos opuestos por su extensión respectiva: la primera abarca a un hombre y la segunda a muchos millones de hombres. Pero ambas son igualmente verdaderas. El término «personalidad» se refiere a lo particular y lo general. Si queremos estudiar la personalidad, debemos estar preparados a pasar rápidamente de lo particular a lo general y de lo general a lo particular, de la persona concreta a la persona abstracta y viceversa. Estos rápidos cambios en la amplitud del concepto son muy útiles para nuestro estudio. Lo que aprendemos estudiando a Walter nos ayuda a conocer al hombre en general y lo que sabemos del hombre en general es en parte aplicable a Walter.

En las páginas de este libro se hallarán muchos ejemplos de esta oscilación pendular. Nuestro propósito es descubrir los principios

generales del desarrollo, la organización y la expresión de la personalidad, aunque subrayando el hecho de que *la característica más destacada del hombre es su individualidad*. Cada hombre es una creación única de las fuerzas de la naturaleza. Nunca hubo una persona exactamente igual a él, ni volverá a haberla jamás. Pensemos en las huellas digitales; son exclusivas de cada individuo, son únicas.

Todas las ciencias, incluyendo la psicología, tienden a descuidar este importantísimo hecho de la individualidad, debido a razones que muy pronto examinaremos. Por otra parte, en la vida cotidiana no hay peligro de que olvidemos que la individualidad es la suprema característica de la naturaleza humana. En toda nuestra vida, mientras estamos despiertos e incluso cuando soñamos, vemos a las personas y las tratamos como individuos separados, distintos y únicos. Sabemos que nacen y mueren en momentos determinados y que durante toda su vida manifiestan su tipo particular, su peculiar configuración y sus características mentales propias. No podría ser de otro modo teniendo en cuenta el carácter único de la herencia y de las condiciones del medio para cada persona.

HERENCIA.

El método seguido por la naturaleza para la reproducción sexual garantiza sobradamente un equipo genético distinto para cada persona que nace. Teóricamente, la mitad de la herencia de un individuo proviene de la madre y la otra mitad del padre. Pensemos primeramente en el carácter único de la unión sexual. Un hombre determinado se une con una mujer determinada: cada uno de estos dos seres es un individuo único, uno entre muchos millones. Ninguna otra combinación ofrecería esta especial posibilidad de herencia.

Consideremos ahora que en cada célula germinal humana hay 48 cromosomas¹, en cada uno de los cuales se calcula que hay unos 30 000 genes. Para un carácter hereditario se requieren uno o más genes.

A un cierto estadio del desarrollo, las células germinales experimentan la reducción cromosómica por división, quedando con la

1. Así se creía hasta hace poco tiempo. En la actualidad, nuevas técnicas permiten afirmar, casi con toda seguridad, que este número debe reducirse a 46. Claro está que esta diferencia no afecta esencialmente al argumento del autor. V. TJO y LEVAN, *The chromosome number of man*, «Hereditas», 42, 1-6-1956 (nota del traductor).

mitad de los cromosomas. Quedan de este modo descartadas muchas posibilidades de herencia, porque los cromosomas poseen combinaciones diferentes de los diversos genes. Que un espermatozoo determinado entre a constituir el nuevo ser es una casualidad enorme, porque son unos trescientos millones, aproximadamente, los depositados en la vagina en el curso de la unión sexual y solamente uno de ellos se une a un óvulo para generar una nueva vida. Con la excepción de los gemelos idénticos (formados de un óvulo y un mismo espermatozoo), es imposible que existan en el mundo dos individuos con el mismo caudal hereditario, con los mismos genes. Efectivamente, el total de combinaciones de genes humanos (con sus posibles mutaciones) que pueden formarse, según calcula Dobzhansky, «excede ampliamente del número total de átomos del universo entero. Es evidente que únicamente una mínima parte de todas las combinaciones posibles de genes ha sido realizada o será realizada en el mundo... Cada ser humano es portador de un genotipo único»².

De tan decisivos hechos, concluimos que no existen dos seres humanos (con la posible excepción de los gemelos idénticos) que tengan la potencialidad de desarrollarse del mismo modo, especialmente si consideramos que a la diferencia genética se añade la diferencia resultante de los ambientes y las experiencias de cada individuo.

Pero, pasando nuevamente a lo genérico, debemos tener en cuenta que los genes crean para todos los representantes de la especie *homo sapiens* ciertos grandes caracteres comunes. Todos ellos adoptan para la marcha la posición erecta, todos poseen dos ojos y dos oídos, dos brazos y dos piernas y presentan simetría bilateral (más o menos imperfecta). Hay en el cuerpo de todos las mismas substancias químicas y la capacidad de experimentar sentimientos, pensar, hablar, imaginar, recordar y repetir. Existen excepciones, pero son raras.

2. T. DOBZHANSKY, *The biological basis of human freedom*, Columbia Univ. Press, Nueva York 1956, p. 56. Dunn y Dobzhansky añaden: «El biólogo sabe que cada individuo humano posee una absoluta unicidad. Esta afirmación, transportada a la metafísica y la política, es fundamental para la ética y la democracia.» L.C. DUNN y T. DOBZHANSKY, *Heredity, race and society*, Penguin, Nueva York 1946, p. 46. V. también C.J. HERRICK, *The evolution of human nature*, Univ. of Texas Press, Austin 1956, p. 115.

INDIVIDUALIDAD BIOQUÍMICA.

Sabemos que las glándulas de secreción interna ejercen una profunda influencia sobre el temperamento, el curso del crecimiento y la motivación. La variación en su peso y su tamaño, incluso dentro de los límites *normales*, es muy grande. Williams presenta los ejemplos siguientes³:

hipófisis	el peso varía de 350 a 1100 mgr
tiroides	el peso varía de 8 a 50 gr
paratiroides	el peso varía de 50 a 300 mgr; el número de lóbulos varía entre 2 y 12
testículos	el peso varía de 10 a 45 gr
ovarios	el peso varía de 2 a 10 gr; el número de óvulos al nacer varía de 30 000 a 400 000
suprarrenales	el peso varía de 7 a 20 gr; el espesor de la corteza varía hasta el décuplo de las más delgadas.

No solamente se observan variaciones en las glándulas. El metabolismo de los individuos presenta considerables variaciones, como también las reacciones a los medicamentos, el consumo de agua y las necesidades de potasio, sodio, calcio, yodo y aminoácidos. También los requerimientos vitamínicos varían en varias veces; con la misma dieta, un marinero sufre escorbuto por deficiencia de vitamina C y otro no presenta ninguna alteración patológica. La vulnerabilidad a las enfermedades es muy distinta en los diversos individuos; análogamente, se observan considerables diferencias en los efectos de la privación de oxígeno y de la acción de diversas sustancias. En un experimento se determinó la cantidad de cloruro mercuríco necesaria para que se produjera irritación de la piel. De un total de 35 personas, una presentó irritación con una solución de una parte en 100 000 de agua; cinco, con 10 partes, once con 30 partes y 4 no reaccionaron con ninguna de las concentraciones empleadas en el experimento⁴.

No menos variable es la morfología del sistema nervioso. Algunas personas tienen tres nervios espláncnicos en lugar de los dos que existen corrientemente. Aproximadamente el 15 por ciento de las personas no tienen haz piramidal directo en la medula espinal. Algunos individuos tienen el nervio ciático tan hundido que queda muy bien

3. R.J. WILLIAMS, *Biochemical individuality*, Wiley, Nueva York 1956

4. *Ibid.*, p. 110.

protegido, mientras que en otros está relativamente expuesto. En la anatomía macroscópica y microscópica del cerebro se observan enormes diferencias. Después de revisar esta cuestión, escribe Lashley: «A pesar de la limitación de los datos de que disponemos, ha quedado demostrado que los diversos individuos empiezan la vida con cerebros que difieren enormemente por su estructura; son diferentes el número, el tamaño y la disposición de las neuronas y también detalles macroscópicos»⁵.

Durante doce años, Dearborn y Rothney midieron anualmente el ritmo de crecimiento de 3000 niños. Todos ellos crecían y la mayoría presentaron un incremento de la velocidad de crecimiento en la preadolescencia, pero los índices diferían tanto entre un niño y otro niño que «no se hallaron dos casos en los que se siguiese exactamente el mismo ritmo»⁶.

Con tal margen de variabilidad genética, estructural y bioquímica, es lógico esperar que varíen ampliamente el temperamento, la motivación y todas las funciones psicológicas. Algunas personas parecen predestinadas a que les resulte la vida una amarga carga, mientras que para otras será de una alegría tan embriagadora como la que da el champán. Las formas personales de inteligencia presentan una amplia gama, como también la intensidad y la dirección de los diferentes motivos. Han alcanzado gran difusión estudios sobre la sexualidad demostrativos de una variabilidad en la intensidad y la expresión de los impulsos sexuales que sorprendió a quienes creían que prevalecía la uniformidad en esta área de motivación⁷.

Piénsese por un momento en lo que implica esta amplia variabilidad individual para la terapéutica, sea médica, quirúrgica o psicológica. El terapeuta no puede atenerse a normas fijas. Nadie es «normal» (en el sentido de hallarse en el término medio) más que en un reducido número de cualidades. Puede afirmarse con toda seguridad que no existe ninguna persona que presente valores promedios en todas sus propiedades endocrinas, anatómicas, nerviosas, corticales y motivacionales.

5. K.S. LASHLEY, *Structural variation in the nervous system in relation to behavior*, «Psychol. Rev.», 54 (1947) 325-334.

6. W.F. DEARBORN, J.W. ROTHNEY, *Predicting the child's development*, Cambridge 1941.

7. A.C. KINSEY y otros, *Sexual behavior in the human male*, Saunders, Filadelfia 1948. A.C. KINSEY y otros, *Sexual behavior in the human female*, Saunders, Filadelfia 1953.

Como dijo Goethe: «La naturaleza parece haberlo basado todo en la individualidad»⁸.

INDIVIDUALIDAD CONFIGURADA.

Cada persona se aparta en millares de aspectos del hombre medio hipotético. Pero su individualidad no es la suma del total de desviaciones de los promedios. Es éste un punto de extrema importancia, que debe comprender bien el lector si quiere penetrar el sentido de este libro.

Consideremos por un momento los pulmones del lector y los míos. No hay ninguna relación viva entre los pulmones de él y los míos, como no la hay tampoco entre su metabolismo cortical y el mío. En cambio, mis pulmones influyen en *mi* metabolismo cortical y los pulmones del lector influyen en *su* metabolismo cortical. Mi necesidad de potasio se halla en interacción con mi necesidad de sodio. Estas necesidades químicas pueden *compararse* con las de otras personas, pero no tienen *ninguna relación funcional orgánica* con ellas. Mi herencia, mis experiencias primeras, mi temperamento, la capacidad de mi cerebro, mis emociones, motivaciones, recuerdos, imaginación e historia cultural, el ritmo de mi pulso y muchas otras cosas se hallan ligadas entre sí en un funcionamiento individual. Forman un sistema, constituido por varios subsistemas.

Desgraciadamente, la ciencia estudia principalmente el ritmo de mi pulso en comparación con el de otro, mis emociones en cuanto difieren de las suyas, mi peso en cuanto se desvía del promedio. Raramente estudia mi peso, mi pulso y mis emociones como elementos de un conjunto que se hallan en interacción entre sí.

Me opongo firmemente a un punto de vista que es corriente en los estudios de psicología. Eysenck lo expone en los términos siguientes: *Para el científico, el individuo es, simplemente, el punto de intersección de un cierto número de variables cuantitativas*⁹.

8. La frase: *Sie scheint alles auf Individualität angelegt zu haben* aparece en el fragmento titulado *Die Natur*.

9. H.J. EYSENCK, *The scientific study of personality*, Macmillan, Nueva York 1952, p. 18. Difícilmente puede comprenderse cómo concilia el autor esta concepción del individuo con su definición de la personalidad como la «más o menos estable y duradera organización del carácter, el temperamento, el intelecto y el organismo físico de una persona, organización que determina su modo único de adaptación al ambiente». *The structure of human personality*, Methuen, Londres 1953, p. 2.

¿Qué significa esto? Significa que el científico no se interesa por la mutua interdependencia de los sistemas parciales dentro del sistema entero de la personalidad. Se interesa solamente por dimensiones aisladas, que le permiten establecer comparaciones entre muchas personas. Se interesa en el estudio del corazón, por ejemplo, o en el de los pulmones (el corazón de usted, el mío, el de los demás hombres; los pulmones de éste, del otro, del de más allá), pero no le interesa el estudio de la mutua interacción entre mi corazón y mis pulmones o entre el corazón de usted y los pulmones de usted. Se interesa en alguna característica (introversión, por ejemplo) de usted y de mí, pero no en la manera como la introversión se relaciona con las restantes características de la misma persona, con sus valores, con sus planes para la vida. El científico no se interesa en el sistema de la personalidad como un todo, sino solamente en las dimensiones comunes. Deja a la persona como mero «punto de intersección», sin estructura interna, ni coherencia, ni sentido. No puedo estar de acuerdo con esta posición.

CIENCIA Y UNICIDAD: DILEMA.

Es fácil ver que nos enfrentamos aquí con una dificultad. El individuo, sea lo que fuere lo que entendemos por tal, es una organización interiormente consistente y única de procesos mentales y corporales. Pero esta cualidad de único (unicidad) constituye un impedimento para la ciencia. Efectivamente, se afirma que la ciencia estudia solamente leyes de amplia aplicación, preferiblemente universales. Las ciencias son disciplinas *nomotéticas*. La individualidad no puede ser estudiada por la ciencia, sino solamente por la historia, el arte o la biografía, cuyos métodos no son nomotéticos, es decir, no están orientados al descubrimiento y estudio de leyes universales, sino que son *idiográficos*¹⁰. Los escolásticos medievales percibieron ya esta cuestión y declararon que *scientia non est individuorum*.

Si aceptamos este principio sobre el objetivo y las limitaciones de la ciencia, nos veremos obligados a abandonar el estudio de la per-

10. Estos términos fueron establecidos originariamente por W. WINDELBAND, pero no se ha extendido mucho su uso. Cf. *Geschichte und Naturwissenschaft*, Heitz, Estrasburgo 1904. Cf., además, R. EISLER, *Wörterbuch der philosophischen Begriffe*, Mittler, Berlín 1904, p. 512.

Llamamos la atención del lector sobre la correcta escritura de esta palabra: *idiográfico*, análogamente a idioma e idiosincrasia, del griego *idios*, propio, peculiar. No debe confundirse con *ideográfico*, de la misma raíz que ideología, idea. Nomotético (*nomotetikos*) significa que da o promulga leyes.

sona como persona. Pero no nos desalentemos. Es un hecho que el individuo es un sistema de unicidad configurada. También es un hecho que la ciencia quiere tratar de lo universal, no de lo particular. Pero la personalidad es en sí misma un fenómeno universal, aunque solamente se encuentra en formas individuales. Por ser un fenómeno universal, debe estudiarla la ciencia, pero no puede hacerlo correctamente si no penetra en la individualidad de la configuración. Éste es el dilema.

¿No podremos decir, como algunos científicos, que lo particular es lo que es en virtud de consistir en una compleja combinación de universales? Aun prescindiendo de que el término «compleja combinación» implica una petición de principio, la proposición entera es capciosa. Esta proposición afirma que todos los hombres están compuestos por las mismas cualidades (universales), siendo debido su carácter de único al modo de combinarse. Consideremos solamente dos universales y veamos lo que resulta:

Individuo	Cualidad A	Cualidad B
	Inteligencia	Dominio
John	Percentil 90	Percentil 10
Henry	Percentil 10	Percentil 90

Se nos informa de que John tiene mucha inteligencia, pero es muy dominable, mientras que Henry tiene poca inteligencia, pero es muy dominador. Hasta aquí todo está bien. Pero ¿no es posible que la interacción entre la cualidad A y la cualidad B dé por resultado una nueva unidad? Puede ocurrir que John sea un brillante segundo y Henry un agresor estúpido. Además, su conducta puede estar matizada por otras cualidades, de modo que la configuración existente no puede deducirse de los universales. Una molécula de agua y una de peróxido de hidrógeno tienen los mismos universales: hidrógeno y oxígeno. Únicamente difieren en su composición por las proporciones de ambos elementos (H_2O , H_2O_2), pero esta diferencia cuantitativa se traduce en una completa diferencia entre los dos compuestos, como es fácil comprobar por las propiedades del agua oxigenada (solución de peróxido de hidrógeno).

La cuestión de la individualidad no consiste, por consiguiente, en cómo se relaciona la inteligencia o la capacidad de dominio o de sumisión de un individuo con el grado de estas mismas cualidades en

otras personas. Se trata de ver cómo la inteligencia de John se conecta con su tendencia a la dependencia o sumisión y con las restantes cualidades del mismo individuo. Es este sistema interior el que hace ilusoria una ciencia convencional de los universales.

SIGNIFICADO DE LA LEY.

La razón de que la ciencia convencional sea impotente para el estudio de la personalidad es que no halla manera de hacer entrar la organización interior del individuo en la investigación nomotética de leyes generales. Pero hay varias ideas que pueden sernos útiles en este aspecto.

En primer lugar, es una proposición universalmente verdadera y, por consiguiente, una ley, la de que las configuraciones personales de la individualidad son únicas. La psicología de la personalidad haría bien en reconocerla como su *primera ley*.

En segundo lugar, podemos mirar con esperanza muchos principios generales de biología y de psicología dinámica para aquellos procesos que generan unicidad. Los principios generales de la genética, por ejemplo, son leyes que nos explican cómo se produce la unicidad.

En tercer lugar, el comportamiento de cada individuo sigue su propia ley. No es necesario que comprendamos todas las vidas para descubrir la ley que rige una vida determinada. Si tenemos un amigo íntimo, podemos saber muy bien por qué se comporta como lo hace y hasta seremos capaces de predecir su conducta futura y determinarla en parte, basándonos en el conocimiento que tenemos de la forma en que rige su vida, de las leyes propias que la presiden. No es preciso para ello conocer la naturaleza humana en general.

Este último punto es importante porque suscita la cuestión de la relación entre las reglas estadísticas (las reglas resultantes del cálculo) y las reglas propias de la ley de la vida de un individuo. Como se indicó anteriormente, la ciencia nomotética tiende a dar predominante importancia a las primeras y descuidar las segundas. Sus medidas de significación estadística se refieren a un gran número de personas, no al individuo aislado.

Supongamos que un grupo de cien delincuentes presos oyen a un guardián de la prisión estas palabras: «Vuestra vida en la prisión es una preparación para vuestro regreso

a la sociedad.» Es muy probable que noventa y nueve presos se rieran en su interior de esta frase. Los psicólogos estadísticos formularán la ley: las exhortaciones a la buena conducta no surten efecto. En cierto sentido tienen razón.

Pero supongamos que en uno de los reclusos las palabras mencionadas despiertan un eco y le ponen en el camino de una auténtica rehabilitación. ¿Qué dirá el psicólogo estadístico? ¿Dirá que es debido a la «casualidad» o que se trata de un hecho que «carece de significación estadística»? Esta respuesta sería absurda. Lo cierto es que en el caso positivo que consideramos existe una importante relación causal. Puede tratarse de un hecho raro e incluso único, pero está de acuerdo con la ley del individuo. Vemos que es un hecho inevitable si consideramos la configuración interior de la persona que escuchó aquellas palabras.

Concluimos de todo ello que no debemos desanimarnos por definiciones de la ley demasiado estrictas ni por estrechas definiciones de la ciencia. Es deber de la ciencia ilustrarnos sobre lo que es, no solamente sobre lo que es conveniente o tradicional. Mucho antes de que el método de la ciencia natural alcanzase su posición predominante y fuese imitado por la psicología, hubo un concepto antiguo de la ciencia. No imponía métodos ni fijaba límites. Significaba, simplemente, *conocimiento*.

SOLUCIONES PROPUESTAS.

Como cabía esperar, muchos autores se han dado cuenta del dilema ciencia-unicidad. La solución más sencilla, evidentemente, es la de que lo genérico corresponde a la ciencia y lo individual al arte. Reconocer las limitaciones de la ciencia. No puede estar en su naturaleza amoldarse plenamente al individuo; solamente pueden hacerlo el drama, la poesía y la biografía. La ciencia es implacable en su exclusión de lo particular. De este modo concebida, la ciencia es a lo sumo un mero «accesorio de la sabiduría»¹¹. Esta solución atrae a muchos científicos y probablemente a todos los humanistas.

11. H.A. MURRAY y otros, *Explorations in personality*, Oxford, Nueva York 1938, p. 716. Cf. también G.W. ALLPORT, *Personality, a problem for science or for art?*, en *Personality and social encounter*, Beacon, Boston 1960, capit. 1.

Pero esta posición es un recurso desesperado. La psicología es una disciplina joven y lo ideal sería que dominase a la vez los fenómenos abstractos y los concretos. Es prematuro quererla encerrar en un modo de pensar nomotético. Debemos mantener al individuo dentro del campo de la ciencia.

Ya tenía esta opinión hace un siglo Samuel Bailey, que criticaba a la psicología por considerar casi únicamente «lo que es común a todos los hombres», ocupándose de lo individual «sólo incidental y brevemente, demasiado brevemente dada la importancia del tema»¹².

Otra solución consiste en formar dos psicologías distintas y separadas, una nomotética y otra idiográfica. Esta última, naturalmente, trabajaría de consuno con la historia, la biografía y la literatura, confundiendo tal vez con ellas. Muchos autores alemanes se muestran favorables a este punto de vista, asignando la psicología nomotética a las ciencias físicas y naturales (*Naturwissenschaften*) y la psicología idiográfica a las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*). La primera es una psicología de «elementos»; la segunda, una psicología de «estructura». La primera emplea el método de análisis y de explicación causal; la segunda, los métodos de «comprensión» (*Verstehen*). *Explicamos* la naturaleza (mediante análisis y leyes), pero *comprendemos* las personas (en su individualidad configurada)¹³.

Mi posición respecto a esta solución puede formularse brevemente. La división de la psicología en dos ramas separadas es demasiado tajante. Estoy de acuerdo con el psiquiatra francés Azam, quien dijo, hace ya muchos años, que la ciencia del carácter «no puede proceder por generalización, como la psicología, ni por individualidades, como el arte. Ocupa una posición intermedia»¹⁴. No hay razón alguna para

12. S. BAILEY, *Letters in the philosophy of the human mind*, Longmans Green, Londres 1855-1958, II, 265.

13. E. SPRANGER, *Lebensformen. Geisteswissenschaftliche Psychologie und Ethik der Persönlichkeit*, Niemeyer, Halle 1914; trad. cast. *Formas de vida. Psicología y ética de la personalidad*. Revista de Occidente, Madrid 1961; traducción inglesa *Types of men*.

La misma distinción establece esencialmente Bergson. Señala el marcado contraste que existe entre el método de análisis, en el que inmovilizamos ciertas relaciones elementales y descuidamos la fluencia o continuidad de la vida, y el método de la «intuición», que nos permite coordinar aspectos diversos de una persona en el sentido de un desarrollo continuo. H. BERGSON, *Introduction à la métaphysique*. Volveremos a examinar esta cuestión en el capítulo XXI.

14. E. AZAM, *Le caractère dans la santé et dans la maladie*, Alcan, París 1877, p. vi.

que no aprendamos de las generalizaciones sobre la naturaleza humana. Pero debemos tener en cuenta atentamente los conceptos y los métodos que nos capacitan para comprender la individualidad configurada. Como se ha indicado, el individuo representa un orden y una ley en la naturaleza. Para el desarrollo de la ciencia de la psicología de la personalidad debemos utilizar todos los métodos de estudio.

No hemos examinado todavía las soluciones propuestas para el dilema ciencia-unicidad. Veamos detenidamente algunas otras propuestas.

TRES SERIES DE NORMAS.

¿Cómo conocemos una persona? En parte, comparando sus características con tres series de normas. Kluckhohn y Murray presentan esta cuestión en la siguiente forma¹⁵:

Todo hombre es, en ciertos aspectos:

- a) igual a todos los hombres (normas universales)
- b) igual a algunos otros hombres (normas de grupo)
- c) diferente de todos los demás hombres (normas idiosincrásicas).

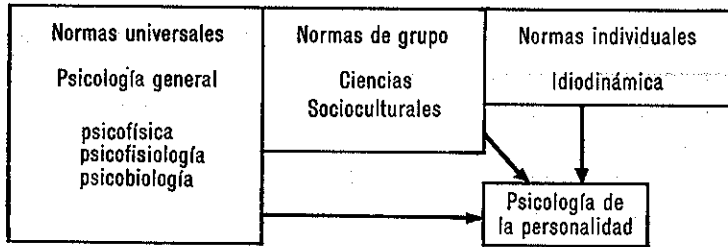


Fig. 1. Las tres series de normas utilizadas en la psicología de la personalidad

Este enfoque de la cuestión es cierto y útil (hasta cierto punto). Muy pronto nos referiremos a una trampa en que puede caer quien no sea precavido. Sin embargo, es cierto que la psicología de la personalidad utiliza estos tres tipos de normas, como se indica en fig. 1.

Normas universales. Cuando decimos de una persona que es alta, o diligente, o animosa, o que tiene un cociente intelectual igual a

15. C. KLUCKHOHN, H.A. MURRAY y D.M. SCHNEIDER, *Personality in nature, society and culture*, Knopf, Nueva York 1953, p. 53.

110, etc., la comparamos con la generalidad de los seres humanos que hemos tenido ocasión de conocer (o cuyas cualidades hemos medido). Decimos, por ejemplo, que Sam presenta en una cualidad determinada un valor igual, superior o inferior al promedio. Hasta aquí todo va bien. En cierto sentido, la personalidad de Sam se caracteriza por la conformidad o la variación respecto al término medio de los seres humanos.

Normas de grupo. Las normas universales son difíciles de establecer estrictamente. Si Sam es americano, es probable que lo juzguemos por comparación con otros americanos, no comparándolo con ingleses o con chinos. Si el cociente intelectual de Sam es 110, lo que en realidad queremos decir es que su inteligencia, medida en esta forma, es algo superior al promedio del grupo que ha sido examinado con un determinado *test*; se tratará, probablemente, de individuos norteamericanos. Pero esta necesidad de distinción no debe preocuparnos; bástenos señalar que de las normas universales se pasa, sin una neta delimitación, a las normas de grupo.

Las normas de grupo son especialmente importantes cuando decimos que Sam es un ejemplo típico de los individuos de algún grupo: que es un típico hombre de negocios, o un típico ejemplo de rígido baptista o de petulante deportista, hombre del sur, maniacodepresivo, etc.

Tales afirmaciones significan que Sam posee un conjunto de cualidades que no difieren notablemente de las que presentan la mayoría de los miembros del grupo al que pertenece o al que se compara. O, por el contrario, puede ocurrir que Sam constituya una desviación dentro de su propio grupo, que no sea un médico típico o un agricultor típico. Decimos a veces: «Nadie pensaría que es un maestro de escuela.» Tanto si es semejante a los miembros de su grupo, como si es distinto de ellos, empleamos las normas de grupo para establecer su naturaleza.

Normas individuales. Si conocemos a Sam, si hemos tratado con él, esperamos que presente un cierto tipo de conducta, que reaccione de un cierto modo. Sus características personales, sus centros de interés y la organización de su personalidad constituyen una base para la formación de un juicio. Si una acción de Sam concuerda con lo que esperábamos de él, decimos: «Esto es muy propio de Sam»; en caso contrario, decimos: «Es raro que se comporte de este modo» o «No parece hoy el mismo de siempre». Rosenzweig ha aplicado al

estudio de esta configuración personal el término de *idiodinámica*¹⁶.

Las normas universales y las de grupo son de la competencia de la ciencia nomotética. Las normas individuales nos vuelven a conducir a la concepción de la ciencia idiográfica. Nuestra tesis, como se indica en la fig. 1, es la de que la psicología de la personalidad no puede proceder únicamente a base de lo genérico, ni tampoco con las individualidades únicamente, sino que «ocupa una posición intermedia».

Aunque aceptamos la fórmula de las tres series de normas, debemos advertir la necesidad de precaverse contra un peligro. Podría suponerse erróneamente que el individuo, como tal, no es otra cosa que un conjunto de idiosincrasias residuales, insignificantes a veces, un resto que queda después de haber explicado la mayor parte de su conducta en términos de normas universales o de grupo. No ocurren así las cosas. Sam, evidentemente, tiene numerosos atributos característicos de la especie humana en general y otros muchos atributos comunes a las personas pertenecientes al mismo medio cultural. Pero en Sam se reúnen y entrelazan en un sistema único idiomático. No hay en su personalidad tres sistemas, sino uno solo. La individualidad no es el residuo que queda después de haber determinado la parte que corresponde a las ciencias nomotéticas. La organización de la vida individual es en todo momento un hecho primario de la naturaleza humana.

PSICOLOGÍA DIFERENCIAL.

Psicología diferencial es lo mismo que psicología de las diferencias individuales. Se formó a principios del presente siglo y continúa desarrollándose¹⁷. Muchos psicólogos consideran este movimiento como coextensivo con la psicología de la personalidad.

Supongamos que se han administrado a mil personas tests de aprendizaje, de inteligencia verbal, de tendencia a dominar, de tendencias neuróticas, de intereses por ciencias y otros. Es útil saber el lugar que ocupan Sam o Jane en relación con las normas de grupo de este modo obtenidas. Cuando hemos determinado sus puntuaciones,

16. S. ROSENZWEIG, *The place of the individual and of idiodynamics in psychology: a dialogue*, «J. indiv. Psychol.», 14 (1958) 3-12.

17. Entre los primeros libros dedicados a este tema, es especialmente importante el de W. STERN, *Die differentielle Psychologie*, Barth, Leipzig 1921. Entre las obras modernas, citaremos A. ANASTASI, *Differential psychology*, Macmillan, Nueva York 1958.

podemos representarlas en un perfil (psicografía). La fig. 2 nos muestra el perfil en el caso de Sam para un cierto número de variables.

Entre las ventajas de este método de estudio figura la de centrar la atención sobre Sam en relación con la población en conjunto. Pocos perfiles habrá (o ninguno) exactamente iguales al de Sam. Puede servirnos para formular consejos y advertencias; podemos recomendarle una ocupación que se amolde a sus cualidades, etc. Se han señalado algunos de sus puntos fuertes y sus puntos flacos. El perfil nos aproxima (aunque no mucho) a nuestro objetivo: la individualidad.

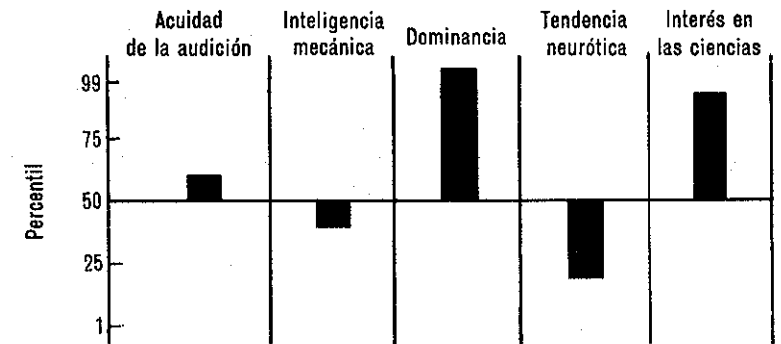


Fig. 2. Perfil ilustrativo de Sam

Este método tiene marcadas limitaciones. Por una parte, no sabemos sobre Sam nada que no haya sido previamente escogido por el investigador. Es posible que tenga alguna característica personal cardinal que no sea investigada en lo más mínimo. Tal vez Sam es ante todo y sobre todo apto para la cirugía, por la atracción que siente hacia esta actividad y por la habilidad que posee; sin embargo, este hecho permanece ignorado después de haber administrado la batería de tests.

Otra importante limitación es la de que el perfil nada nos dice sobre la organización de las cualidades observadas. ¿Qué interacción hay entre la capacidad de dominio sobre el exterior que posee Sam y su interés por la ciencia? ¿Qué resulta de su elevado interés por la ciencia no acompañado de una inteligencia mecánica potente? ¿Tiene esta oposición como consecuencia una situación de conflicto y la infelicidad del sujeto, o se orienta éste a una actividad auxiliar, como la de ayudante de ingeniero, que desempeña con agrado, satisfecho de

su tarea y de su posición? Los perfiles nos muestran cualidades, pero ignoran la organización de estas cualidades en el individuo.

Cuando la psicología diferencial se hallaba en sus comienzos, un experimentador francés (Toulouse) ensayó el método de la psicografía en el famoso matemático Henri Poincaré. Dijo que no había quedado satisfecho de las normas universales, porque expresaban únicamente lo que era común a un imbécil y a Aristóteles¹⁸. Examinó las cualidades de Poincaré determinables por medio de *tests*, con el objeto de averiguar las desviaciones de la media que pudiesen explicar el secreto de su genio. Halló para la memoria una medida de once dígitos; una imaginación auditiva superior; averiguó también que dormía mal, que le gustaba la música, que se concentraba mucho en su trabajo y otras cosas. Después de revisar los resultados obtenidos con estos medios, afirmó que el genio de Poincaré no aparecía por ninguna parte en el perfil. Lo cierto es que la psicografía *no puede* hacer síntesis. Únicamente puede descubrir cualidades aisladas.

TIPOS.

La tipología, como la psicología diferencial, nos sitúa a medio camino en nuestro intento de conocer la individualidad. No llega más allá. El tipólogo, como el psicólogo diferencial, no está satisfecho con «lo que es común a un imbécil y a Aristóteles». Necesita una clasificación de la naturaleza humana más limitada y diferenciadora.

Pero los estudios sobre el tipo no nos dicen otra cosa sino que ciertas personas se parecen a otras personas *en determinados aspectos*. Sería perfectamente correcto, por ejemplo, establecer cuatro tipos de personas: 1) las que usan cepillos de dientes de forma convexa; 2) las que usan cepillos de dientes cóncavos; 3) las que los emplean rectos; 4) las que no usan cepillos de dientes de ninguna clase. Esta tipología es válida si se tiene interés por los cepillos de dientes. Análogamente, hay personas extravertidas, personas introvertidas y personas que son ambas cosas. También esta tipología es válida si se tiene interés por las cualidades de extraversión e introversión. Supongamos que el clasificador tiene interés por ambas cosas: por los cepillos usados para la limpieza de los dientes y por la extraversión y la introversión. Nuestro amigo Sam, que es *una* persona, aparecería clasificado en *dos* tipos.

Hay tantos *aspectos*, físicos y mentales, a base de los cuales podemos clasificar a las personas, que pronto habremos localizado a Sam en centenares de tipos, pero seguiremos ignorando completamente su modo único de organización interior.

Hay muchas clasificaciones en tipos que tratan de alcanzar la mayor comprensión y amplitud. Citemos al azar algunos tipos. Decimos de una persona, por ejemplo, que es liberal, o que es narcisista, o

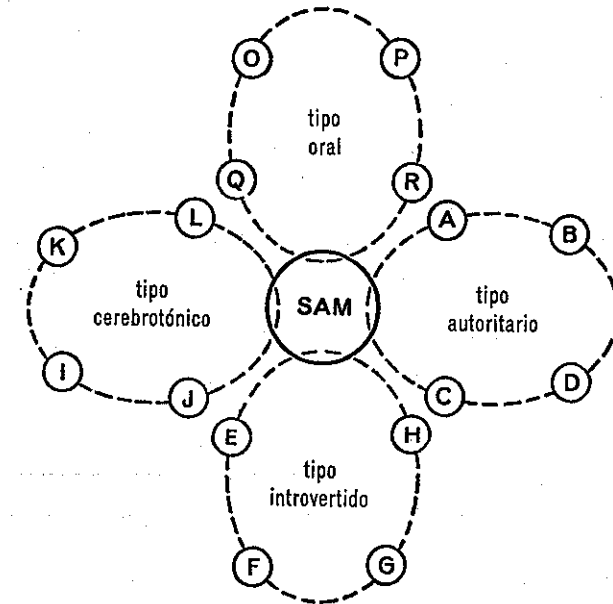


Fig. 3. Tipología e individualidad. Las elipses de trazo discontinuo representan tipos; los círculos de trazo continuo representan individuos

cerebrotónica, o autoritaria; afirmamos de ella, por ejemplo, que tiene personalidad de vendedor, que es fácilmente supeditable, que es apolínea, que es de tipo anal, oral o genital. Estos y otros tipos han sido propuestos con la esperanza de alcanzar una amplia y válida categorización de los seres humanos. Cada uno de estos tipos indica un conjunto (síndrome) de atributos que se hallan generalmente (pero no siempre) asociados.

Pero, sea amplia o estrecha la base de clasificación, nunca alcanza el método de los tipos a presentarnos al individuo entero. La fig. 3 muestra el dilema.

18. E. TOULOUSE, *Henri Poincaré*, Flammarion, Paris 1910.

Sam corresponde al tipo autoritario, al igual que otros individuos, tales como A, B, C y D. Pero también puede clasificarse junto a los individuos O, P, Q, R y otros en el síndrome freudiano de características «orales». Cada una de estas clasificaciones es correcta, pero no nos llevan hasta Sam en cuanto individuo. Se han comparado sus cualidades con cualidades análogas en otros individuos, pero no se han relacionado entre sí en el terreno orgánico de su naturaleza propia. ¿Qué interacción se produce entre su oralidad y su autoritarismo? Seguimos ignorándolo. Y no se ha penetrado en muchas áreas de su vida. Las tipologías son convenientes y atractivas, pero no se ha encontrado ninguna que nos explique al individuo entero.

Antes de dejar este tema, deseamos referirnos a una forma especial de tipología. Algunos autores preconizan el uso de *tipos ideales*. Esta concepción escapa a nuestras críticas, porque no se propone la aplicación a personas reales. No se llega a los tipos ideales mediante el atento estudio de individuos concretos. Estos tipos son elaborados mediante métodos racionales, *no empíricos*. Los tipos ideales, según Spranger, son meros «esquemas de comprensibilidad»¹⁹. Puede describirse un «típico» italiano, o un típico hombre de negocios americano, un John Bull, un modelo ideal de cristiano, un personaje ideal esteta o político, sin pretender en modo alguno que existan en realidad tales personas. Estos esquemas pueden tener utilidad especialmente para el estudio del «carácter nacional». Existen, evidentemente, personas que se aproximan en grado variable al tipo ideal. Pero los tipos ideales son inventados; no se han encontrado en el laboratorio.

PSICOLOGÍA CLÍNICA.

Actualmente, muchos psicólogos hacen «trabajo clínico». Ejercen actividades en hospitales, instituciones sociales, cárceles, empresas industriales, iglesias y fuerzas armadas. Se dice que su trabajo es clínico porque, como el de los médicos, se aplica a individuos determinados, con el propósito de ayudarlos a una mejor adaptación y a una más firme salud mental. Aunque el psicólogo clínico necesita poseer una preparación de psicología general, fisiológica, experimental y social (referentes todas ellas a normas universales o de grupo), su atención se centra primariamente en la persona que tiene ante sí.

19. SPRANGER, obr. cit.

Por consiguiente, ¿no parecería más bien sencilla la solución de nuestro dilema unicidad-ciencia? ¿No es el psicólogo clínico un especialista idiográfico, en oposición a todas las restantes clases de psicólogos, que son nomotéticos? Esto es cierto en parte, pero la cuestión es más compleja de lo que parece. Muchos psicólogos clínicos no van más allá de la fase de la psicología diferencial. Administran *tests* y señalan las puntuaciones en un perfil, prescindiendo del individuo como tal. El hombre queda reducido a un manojo de percentiles. Si el psicólogo clínico ejerce en un hospital mental, puede comunicar los resultados de sus investigaciones a un psiquiatra, que trata de incluirlas en el cuadro clínico, para juntar todos los datos y ver cómo son los sistemas internos y las capacidades del individuo.

El proceso de evaluar las puntuaciones fragmentarias, de confrontar unos datos con otros y sintetizar finalmente los conocimientos adquiridos para descubrir la configuración personal es en extremo complejo. Es de lamentar que no sepamos en realidad cómo realizamos esta labor corrientemente. Obsérvese que, en general, la hacemos bastante bien. Suponga el lector que debe buscar un compañero de habitación, o consorte, o, simplemente, un regalo a propósito para su madre. Su conocimiento del hombre en general no le servirá de mucho, ni tampoco el conocimiento de las normas de grupo.

Es precisamente en este aspecto en el que encuentran más dificultades los psicólogos «científicos». Quisieran poder afirmar que la comprensión idiográfica del sujeto no es mejor que los resultados obtenidos con los datos actuarios (es decir, a base de normas universales o de grupo)²⁰.

20. Diversos autores expresan una viva oposición contra la posición idiográfica (puramente clínica). Figuran entre ellos: W. SEEMAN y E. GALANTER, *Objectivity in systematic and «idiodynamic» psychology*, «Psychol. Rev.», 59 (1952), 285-289; G.W. LUNDBERG, *Case-studies vs. statistical methods — an issue based on misunderstanding*, «Sociometry», 4 (1941) 379-383; H.J. EYSENCK, *The science of personality: nomothetic*, «Psychol. Rev.», 61 (1954) 339-342; T.R. SARBIN, R. TAFT y D.E. BAILEY, *Clinical inference and cognitive theory*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York 1960.

Estos autores, entre otros, están francamente escandalizados ante el camino que me he atrevido a proponer. Les parece evidente que la teoría epistemológica predominante en la psicología es intangible. Las leyes generales, conduciendo a inferencias (con la ayuda de la estadística), serían la fuente de todo el conocimiento que llegamos a tener de los individuos. Estos autores son firmes defensores de la tradición angloamericana de asociacionismo y empirismo. Yo no dudo de que exista un conocimiento de esta clase y de que tenga gran importancia en su aplicación a los casos individuales, pero afirmo que únicamente conduce a una codificación de la personalidad individual. La triste verdad es que los psicólogos no tienen mucho éxito en sus apreciaciones sobre personalidades.

Meehl revisó más de veinte estudios de predicción de la conducta realizados simultáneamente con los dos métodos, es decir, con datos actuarios (puntuaciones obtenidas con los métodos de la psicología diferencial) e idiográficos («intuitivos»). En cerca de la mitad de los casos, ambos métodos tuvieron aproximadamente el mismo éxito; en la otra mitad, el método de predicción nomotético resultó superior²¹.

Se dispone actualmente de *tests* y escalas que han tenido cierto éxito en la predicción de los buenos o malos resultados en los estudios, de la delincuencia e incluso de la felicidad o infelicidad en el matrimonio. Consideremos el caso de la delincuencia. En los muchachos que tienen una historia de mala conducta, una vida familiar anormal y otras deficiencias o malas circunstancias, puede asegurarse que el 85 % de ellos entrarán en conflicto con la policía. Esta predicción nos recuerda la exactitud con que se predice el número de accidentes de la circulación que se producirán en un fin de semana. Las compañías de seguros saben mucho de este género de predicción estadística.

Pero debe evitarse un error en el que es fácil incurrir. Decir que 85 % de los niños que se encuentran en las condiciones antes mencionadas serán delinquentes no significa que Jimmy tenga 85 % de probabilidades de convertirse en delincuente. De ningún modo. Jimmy, en cuanto individuo, se convertirá en delincuente o no se convertirá en tal. Solamente un completo conocimiento de Jimmy nos permitirá predecirlo con seguridad. Que el psicólogo clínico, usando el método «intuitivo», se equivoque o no, es cuestión aparte. Si conociéramos a Jimmy y el medio en el que se desenvuelve de un modo completo, podríamos aventajar los resultados de la predicción estadística, que se aplica a grupos, no a individuos.

Esta cuestión fue expresada con precisión por Sherlock Holmes al hablar a su amigo el doctor Watson en los términos siguientes: «El individuo aislado es un enigma insoluble, pero si los individuos forman un grupo, en lu-

La causa consiste posiblemente en su visión unilateral de la naturaleza del conocimiento humano. Este problema es complejo y volveremos a tratarlo en el capítulo XXI.

21. P.E. MEEHL, *Clinical vs. statistical prediction*, Univ. of Minnesota Press, Minneapolis 1954.

gar de un enigma, tenemos una certidumbre matemática. Nunca puede predecirse lo que hará un individuo, pero puede saberse lo que hará una proporción determinada de individuos de un grupo. Los individuos varían, pero los porcentajes permanecen constantes.»

El verdadero objetivo del psicólogo clínico no es predecir lo que hará el grupo, sino predecir lo que hará un individuo determinado. Para alcanzar este ideal, puede ser útil a veces la predicción actuaria, pueden utilizarse con provecho las normas universales y de grupo, pero no nos lo dan todo.

El dilema de la unicidad es una constante preocupación de la psicología clínica. Hasta ahora, han prevalecido los métodos de la psicología diferencial. Las desviaciones respecto a las normas universales o de grupo constituyen el material primario para el estudio clínico del individuo. Pero muchos psicólogos clínicos se dan cuenta de que no puede conocerse un ser humano exclusivamente por medio de leyes estadísticas. Una persona es algo más que «un punto de intersección» de estas leyes. Tiene una configuración propia y leyes propias. Para resolver el dilema se necesitarán nuevos métodos y nuevas teorías. Volveremos a tratar de este problema en los últimos capítulos.

RESUMEN.

La individualidad es una característica primaria de la naturaleza humana. Para el desarrollo de la ciencia de la personalidad debemos aceptar este hecho. Pero es más fácil construir un hombre artificial a partir de normas universales y de grupo que estudiar adecuada y científicamente un ser real.

Es indudable que la psicología general y la psicología social son la raíz y el tronco del que nace la psicología de la personalidad. Necesitamos leyes del aprendizaje, de la percepción y de la cognición; necesitamos el conocimiento de la cultura y la sociedad para explicar el desarrollo y el crecimiento del individuo. Pero necesitamos también un enfoque especial para que estos principios generales converjan en la individualidad de configuración de la personalidad.

La psicología de la personalidad no es exclusivamente nomotética ni exclusivamente idiográfica. Busca un equilibrio entre estos dos extremos. En este capítulo hemos subrayado la importancia de la ac-

titud idiográfica para contrarrestar la actual unilateralidad de la psicología. En muchos tratados elementales de psicología figura un capítulo final titulado «Personalidad». Debemos congratularnos de que no la olviden. Pero ocurre frecuentemente que el cuadro de la personalidad que nos ofrecen es el de un desunido mosaico de elementos, puntuaciones de *tests* y procesos fragmentarios, sin una interrelación vital. Este cuadro sin vida no puede satisfacer a quien cree que la individualidad del hombre, la orientación de su vida y el sistemático entrelazamiento de sus cualidades básicas son los puntos centrales de la personalidad.

II. PERSONALIDAD, CARÁCTER, TEMPERAMENTO

EFFECTO EXTERIOR. — ORIGEN DEL TÉRMINO «PERSONALIDAD». — ESTRUCTURA INTERNA. — EL PUNTO DE VISTA POSITIVISTA. — DEFINICIÓN ADOPTADA EN ESTA OBRA. — UNA OBJECCIÓN FILOSÓFICA. — CARÁCTER. — TEMPERAMENTO. — RESUMEN.

Parece que todo el mundo sabe qué es la personalidad, pero nadie puede describirla con precisión. Existen centenares de definiciones. En términos generales, pueden clasificarse en tres grupos: *basadas en el efecto exterior*, *basadas en la estructura interna*, *positivistas*. Trataremos brevemente de las primeras; luego, después de examinar los orígenes de la palabra «personalidad», pasaremos revista a las definiciones de los grupos segundo y tercero¹.

EFFECTO EXTERIOR.

Decimos de una persona que conocemos: «Le falta personalidad»; decimos de otra: «Tiene mucha personalidad». Queremos significar, evidentemente, que la persona a quien nos referimos produce o no produce un cierto efecto o una cierta impresión en los demás. Frecuentemente, cuando nos piden información sobre una persona, desean que formemos juicio sobre su «personalidad». Lo que se quiere de ordinario es una apreciación sobre la eficacia o atracción social del individuo en cuestión.

1. Teniendo en cuenta que el estudiante de la personalidad no se interesa primariamente por las cuestiones etimológicas e históricas, condensamos el estudio de la definición en el presente capítulo a un mínimo irreductible. El lector que desee un estudio más completo puede consultar mi obra *Personality: a psychological interpretation*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York 1937, capítulo 2.

Un investigador se propuso la tarea de determinar qué cualidades se requieren para que se considere que una maestra tiene mucha «personalidad». Resultó de sus estudios que una maestra «con mucha personalidad» debe poseer ocho cualidades: «conversación interesante, competencia, amplios intereses, inteligencia, complexión atlética, ser buena deportista, sincera, con capacidad de adaptación»².

De modo que el concepto popular de personalidad se refiere a un cierto conjunto de cualidades que resulta socialmente agradable y eficaz. Los anunciantes que se ofrecen a ayudar a quien lo desee en el «desarrollo de la personalidad» se proponen reforzar este conjunto de cualidades ofreciéndose a enseñar a hablar en público, a emplear las actitudes y los gestos apropiados, a bailar, a conversar. Hasta en un anuncio de un lápiz para los labios se decía que «daba personalidad», aunque en este caso lo que se llamaba «personalidad» no podía ser una cosa más superficial.

No podemos aceptar la afirmación de que una persona posea más o menos personalidad que otra. Los que no resultan atractivos a los demás, están (en el sentido psicológico) tan dotados como los que lo resultan y presentan para el científico igual interés.

Definiciones más refinadas, pero con la misma orientación, son las que nos ofrecen ciertos psicólogos que ven a la personalidad desde un punto de vista exterior, social³. Veamos algunas de estas definiciones:

el efecto total (suma de los efectos parciales) ejercido por el individuo sobre la sociedad;

el modo de comportarse o de actuar que influye con éxito sobre otras personas;

las respuestas de otras personas al individuo en cuanto estímulo;

lo que los demás piensan de una persona.

Hay un argumento a favor de estas definiciones basadas en el efecto exterior. Únicamente por los juicios formados por otras personas

2. E.G. FLEMMING, *The «halo» around «personality»*, «Teachers College Record», 43 (1942) 1-6.

3. En *Personality: a psychological interpretation*, p. 39-43, se hallarán, además de las reproducidas aquí, otras definiciones «bio-sociales» (exteriores).

sobre un individuo puede conocerse su personalidad. ¿Cómo podría conocerse a un individuo, sino por el efecto ejercido sobre otros? Pero ¿qué diremos si el efecto es distinto en diferentes personas? ¿Será que tenemos muchas personalidades? ¿O una de las personas que nos conoce se forma una impresión correcta de nosotros y otras personas se forman una impresión falsa? Si es así, debe haber en nuestro interior algo que constituya nuestra «verdadera» naturaleza (que puede ser variable). Las definiciones basadas en el efecto exterior confunden la personalidad con la *reputación*. Una persona puede tener muchas reputaciones.

¿Qué deberemos pensar de la personalidad del ermitaño solitario, o del niño que vive en la selva, o de Robinson Crusoe antes de que llegara a la isla el negro Viernes? ¿Carecían tales personas de personalidad porque no ejercían ningún efecto en otros? Creemos nosotros que en estos casos excepcionales posee el individuo cualidades personales no menos interesantes que las de quienes viven en la sociedad humana. Un actor de televisión puede ejercer efecto en millones de personas y tener, sin embargo, una personalidad menos compleja que un individuo recluso en la más completa soledad.

Es cierto que la impresión que ejercemos en otras personas y la reacción de las mismas son importantes factores en el desarrollo de nuestra personalidad. Se tratarán estas cuestiones en los últimos capítulos. Pero seguiríamos un camino equivocado si confundiéramos los efectos externos de la personalidad con la estructura interna.

ORIGEN DEL TÉRMINO «PERSONALIDAD».

La palabra «personalidad» y su primitivo «persona» han suscitado durante mucho tiempo el interés de los lingüistas. Max Müller, por ejemplo, se muestra entusiasmado con su sentido abstracto y su amplia utilización.

Consideremos una palabra como *persona*. Nada puede ser más abstracto. No se precisa si es masculina o femenina ni si es joven o vieja. Como nombre, no es mucho más que «ser» como verbo. En francés, hasta puede tener el significado de nadie, de ninguna persona. Si, en París, preguntamos a la portera si ha llamado alguien durante nuestra ausencia, tal vez nos responda: *Personne, monsieur*, es decir, «Nadie, señor».

Pero esta palabra (persona) ha ido de una a otra parte dando gran-

des tumbos, pasando de derecha a izquierda y viceversa, sugiriendo nuevos modos de pensar, provocando controversias y ocupando hasta el día presente un lugar preeminente en todas las discusiones sobre teología y filosofía, pero son pocos los que saben cómo ha surgido ⁴.

La palabra *personalidad* (*personnalité* en francés, *personality* en inglés, *Persönlichkeit* en alemán) se parece estrechamente al latín medieval *personalitas*. En latín clásico solamente se usaba *persona*. Todos los autores concuerdan en afirmar que el significado primitivo de esta palabra era *máscara*. Esta etimología es tal vez del agrado de los que prefieren definir la personalidad por el efecto exterior. Lo importante es la apariencia, no la organización interior. Pero *persona*, incluso en tiempos antiguos, pasó a significar otras cosas, entre ellas el actor que la máscara ocultaba, es decir, el verdadero conjunto de sus cualidades internas y personales. También significó una persona importante (de donde proviene *personaje*, y, en inglés, además de *personage*, *parson*). Se empleó esta voz (y se sigue empleando) para designar a cada una de las tres personas de la Trinidad. Durante mucho tiempo, hubo la disputa teológica de si estas personas divinas eran aspectos de un Dios o tres personas coiguales. La definición que de *persona* dio Boecio en el siglo VI es quizá la más famosa: *Persona est substantia individua rationalis naturae* (persona es una substancia individual de naturaleza racional).

Como vemos, ya en latín tenía esta palabra diversos sentidos. Algunos de estos sentidos preludivan las definiciones a base del «efecto externo»; otros, las definiciones de «estructura interna».

ESTRUCTURA INTERNA.

La mayoría de filósofos y psicólogos (excepto los positivistas modernos, que pronto consideraremos) prefieren definir la personalidad como una entidad objetiva, como algo que existe realmente. Reconocen que la persona está abierta al mundo circundante, que es influida por él y lo influye a cada instante. Pero la personalidad tiene una historia propia y una existencia propia; no debe confundirse con la sociedad ni con las percepciones que otros individuos tienen de una persona. Wilhelm Stern, que era filósofo y psicólogo, decía de la personalidad

4. F.M. MÜLLER, *Biographies of words*, Longmans, Green, Nueva York 1888, p. 32.

que era una «unidad dinámica multiforme». Añadía que nadie alcanza del todo una perfecta unidad, pero siempre tiene este objetivo ⁵.

Algunos autores añaden a este tipo de definición una nota de valor. La personalidad es algo que debe ser valorado. Goethe habla de la personalidad como de la única cosa en el mundo que tiene un «valor supremo». En la misma convicción se basa la filosofía moral de Kant. Todo puede ser usado en la vida por los hombres como medio para un fin. Todo, menos la personalidad. Nadie puede explotar a otra persona. La integridad de la personalidad ha de respetarse siempre. La ética judeo-cristiana inició esta línea de pensamiento.

Aunque los psicólogos occidentales también acostumbran a dar gran valor a la integridad de la personalidad (porque concuerdan de este modo con el credo de la democracia), sus definiciones son menos entusiásticas. Renuncian a todo intento de evaluación y se limitan a dar una definición descriptiva. Presentamos a continuación un típico ejemplo de tales definiciones. Personalidad es

el conjunto de todas las disposiciones, impulsos, tendencias, apetencias e instintos biológicos innatos del individuo, unido a las disposiciones y tendencias adquiridas por experiencia ⁶.

A pesar de que esta definición considera a la personalidad como un dato accesible al estudio, no señala la integración y la estructuración de los diversos componentes mencionados. Es representativa de las definiciones *omnibus*, tipo cajón de sastre. Es más estructural la definición siguiente:

Personalidad es la organización mental total de un ser humano en uno cualquiera de los estadios de desarrollo. Comprende todos los aspectos del carácter humano: intelecto, temperamento, habilidad, moralidad y todas las actitudes que han sido elaboradas en el curso de la vida del individuo ⁷.

Lo mismo diremos de la siguiente:

Personalidad es el agregado organizado de procesos y estados psicológicos del individuo ⁸.

5. W. STERN, *Die menschliche Persönlichkeit*, Barth, Leipzig 1923, p. 4, 20.

6. M. PRINCE, *The unconscious*, Macmillan, Nueva York 1924, p. 532.

7. H.C. WARREN y L. CARMICHAEL, *Elements of human psychology*, edición revisada; Houghton Mifflin, Boston 1930, p. 333.

8. R. LINTON, *The cultural background of personality*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York 1945, p. 84.

Algunas definiciones destacan el factor cognitivo subjetivo de la organización interna, diciendo que personalidad es

un esquema unificado de experiencia, una organización de valores consistentes entre sí⁹.

También mi definición está formulada en términos de estructura interna (algunos autores calificarán de «esencialistas» las definiciones de este tipo). Pero examinemos primeramente una orientación opuesta.

EL PUNTO DE VISTA POSITIVISTA.

Algunos psicólogos contemporáneos se oponen enérgicamente a las definiciones esencialistas. Dicen que la «estructura interna» es inaccesible a la ciencia. No nos es posible conocer la «unidad dinámica multiforme» que «existe realmente». La estructura interna, si es que de veras existe, no puede ser estudiada directamente.

Lo único que sabemos de la personalidad está constituido por nuestras «operaciones». Si administramos un *test* de personalidad y obtenemos una puntuación determinada, se trata de nuestras operaciones, de nuestro método. Por consiguiente, desde el punto de vista positivista, la personalidad interna es un mito, «una cosa que se ha construido con diversos elementos unidos por un nombre». A lo sumo, deberemos contentarnos con conjeturas; podemos «conceptualizar» la personalidad. Esta conceptualización no puede ir más allá de los métodos científicos que empleamos.

Un ejemplo de definición operacional es el siguiente: Personalidad es

la conceptualización más adecuada de la conducta de una persona en todo el detalle que puede dar un científico en un momento determinado¹⁰.

Hallamos aquí una semejanza con las definiciones a base del «efecto exterior». La personalidad no sería una cosa que existe en el sujeto, sino la percepción que tiene otra persona, que en este caso es el científico. Es decir, la personalidad sería meramente «una construcción», algo que es pensado, que no existe realmente, que «no está allí».

Exagerando la nota, afirman algunos psicólogos que no debería

9. P. LECKY, *Self-consistency: a theory of personality*, Island, Nueva York 1945, p. 90.

10. D. MCCLELLAND, *Personality*, Sloane, Nueva York 1951, p. 69. Este problema es estudiado por C.S. HALL y G. LINDZEY, *Theories of personality*, Wiley, Nueva York 1954, p. 9.

recurrirse nunca al concepto de personalidad. Si conocemos los «estímulos» y las «respuestas» (psicología S-R, *stimulus-response*, de estímulos y respuestas), no es necesario que nos preocupemos de una «variable intermedia», como la personalidad. Ésta es la actitud de un behaviorismo positivista extremo. Solamente son toleradas las operaciones exteriores, visibles, manipulables. La personalidad se desvanece y solamente queda el método.

Éste es el objetivo de algunos psicólogos. Cabe preguntarse si siguen de este modo el camino que les muestran las ciencias más antiguas. Los astrónomos que estudian la estrella Arturo, ¿creen que este astro es una mera construcción de su mente, un conjunto de datos unidos por un nombre? No. Para ellos, Arturo es un cuerpo celeste, que existe realmente y posee una composición y una estructura que tratan de conocer científicamente. Cuando un biólogo disecciona una planta, no cree que la estructura de la planta y su fisiología residan únicamente en sus manipulaciones.

La personalidad es todavía más difícil de estudiar que los astros o las plantas, pero la situación es la misma. Ni el psicólogo ni los que no son psicólogos llegan a comprender completamente una personalidad, ni tan sólo la propia, pero no se deduce de ello la negación de la existencia de la personalidad. Al igual que el astrónomo o el biólogo, intentamos comprender una cosa que existe en la naturaleza. Debemos adaptar en todo lo posible nuestros métodos al objeto, sin definir el objeto en términos de nuestros deficientes métodos.

DEFINICIÓN PARA ESTE LIBRO.

No hay definiciones correctas o incorrectas. Los términos solamente pueden ser definidos de modo que sean útiles para propósitos determinados. Para el objeto que nos proponemos en el presente volumen, necesitamos una definición de la personalidad que sea «esencialista». Hemos de tratar a la personalidad como una unidad que existe ante nosotros, «que está ahí», que posee en sí una estructura interna. Toda formulación está llena de peligros, pero, buena o mala, nuestra definición es la siguiente:

Personalidad es la organización dinámica en el interior del individuo de los sistemas psicofísicos que determinan su conducta y su pensamiento característicos.

Examinemos ahora brevemente los conceptos clave de esta definición.

Organización dinámica. Ya vimos que las definiciones *omnibus*, de cajón de sastre, no son adecuadas. El problema central de la psicología es el de la organización mental (la formación de configuraciones o jerarquías de ideas y hábitos que dirigen dinámicamente la actividad). La integración y otros procesos de organización deben aceptarse necesariamente para explicar el desarrollo y la estructura de la personalidad. Por consiguiente, el concepto de «organización» debe aparecer en la definición. Este término implica también el proceso recíproco de *desorganización*, especialmente en las personalidades anómalas en las que se produce una progresiva desintegración.

Psicofísicos. Este término nos recuerda que la personalidad no es ni exclusivamente mental ni exclusivamente neural (física). Su organización requiere el funcionamiento de la «mente» y del «cuerpo» en una inextricable unidad.

Sistema. Todo sistema es un complejo de elementos en mutua interacción. Una costumbre es un sistema, como lo es también un sentimiento, un rasgo o característica, un concepto, un estilo de conducta. Estos sistemas existen en el organismo en estado latente incluso cuando no son activos. Los sistemas son nuestro «potencial para la actividad»¹¹.

Determinan. La personalidad *es* algo y *hace* algo. Los sistemas psicofísicos latentes, cuando son llamados a la acción, motivan o dirigen una actividad y un pensamiento específico. Todos los sistemas comprendidos en la personalidad han de considerarse como *tendencias determinantes*. Ejercen una influencia directriz sobre todos los actos adaptativos y expresivos mediante los cuales es conocida la personalidad.

Característicos. Toda conducta y todo pensamiento son

11. R.R. SEARS define la personalidad como «potencial para la actividad» (*A theoretical framework for personality and social behavior*, «Amer. Psychologist», 6 [1951] 476-483). Esta definición presenta muchas ventajas. Su punto flaco es la ausencia del criterio de organización, que es indispensable. Una neurona, por ejemplo, tiene un potencial de actividad, pero no podemos atribuir personalidad a esta estructura aislada.

característicos de la persona y, como se explicó en el capítulo I, son únicos, existentes solamente en un individuo. Incluso los actos y los conceptos que aparentemente «compartimos» con otros son en el fondo individuales e idiosincrásicos. Es cierto que algunos actos y pensamientos son más idiosincrásicos que otros, pero no hay ninguno que no tenga un matiz personal. En cierto modo, podría decirse que la utilización de la palabra «característicos» en nuestra definición es redundante, pero no siempre es mala la redundancia, ya que puede servir para precisar una cuestión.

Conducta y pensamiento. Estos dos términos sirven como tabla rasa para designar todo lo que puede hacer. Lo que principalmente hace es adaptarse a su ambiente. Pero no sería acertado definir la personalidad únicamente en términos de adaptación. No solamente nos adaptamos al medio, sino que nos reflejamos en él. Tratamos de dominarlo y algunas veces lo conseguimos. La conducta y el pensamiento sirven para la supervivencia y el crecimiento del individuo. Son modos de adaptación al medio y de acción sobre el mismo originados por la situación ambiental en que se encuentra el individuo, modos elegidos y dirigidos por los sistemas psicofísicos comprendidos en nuestra personalidad.

Respecto a esta definición, puede plantearse la cuestión de si los animales tienen personalidad. La respuesta es «sí», pero con reservas. No cabe duda de que los animales poseen formas rudimentarias de sistemas psicofísicos heredados y adquiridos que conducen a una actividad característica (única). Nada sabemos de su pensamiento. Pero esta concesión no nos puede llevar muy lejos. La individualidad psicofísica de los animales inferiores es muy primitiva y no puede servir de prototipo útil para la personalidad humana. Nos atrevemos a afirmar que la diferencia entre dos especies cualesquiera de vertebrados subhumanos no es tan grande como la diferencia que hay entre un ser humano y otro ser humano. La enorme complejidad del cerebro humano, tan distinta de la simplicidad del cerebro de otros vertebrados, parece justificar este aserto.

UNA OBJECCIÓN FILOSÓFICA.

No hemos comentado todavía uno de los términos de nuestra definición. Nos referimos a la palabra «individuo». Algunos filósofos dirían que hemos cometido el imperdonable pecado de formular una petición de principio referente a la totalidad de la cuestión. ¿Quién es este «individuo» en el que reside la personalidad? ¿No admitimos con ello un organizador, un «sí mismo»? ¿No equivale a presentar una entidad inexplicada, que crea de algún modo una unidad de personalidad?

Esta objeción procede especialmente de los filósofos personalistas, según los cuales algún agente continuador y unificador está implicado (o es necesitado) en todas las definiciones de personalidad. Uno de estos filósofos, Bertocci, modificaría nuestra definición en la forma siguiente:

La personalidad de un *self* es la organización dinámica en el *self* (sí mismo) de sus propias y únicas necesidades y capacidades psicofísicas, de la que resulta la unicidad de las adaptaciones al medio¹².

No vacilamos en admitir que existe realmente el apremiante problema de la relación entre el *self* y la *personalidad*. Volveremos a referirnos a esta intrincada cuestión en el capítulo VI. Bástenos señalar por el momento que en esta objeción se interpreta mal el uso que hacemos del término «individuo». Cuando decimos que la organización dinámica se halla en el interior del individuo, queremos significar solamente que está en el organismo, en el sujeto. Es un modo de negar que la personalidad sea meramente cuestión de «efecto exterior».

En cuanto al concepto de *self* (sí mismo), no vemos la necesidad de incluirlo en la definición. El sí mismo es seguramente un importante (evidentemente, el más importante) sistema psicofísico de la personalidad, como veremos más adelante. Pero no es necesario que nos detengamos aquí en este concepto.

12. P.A. BERTOCCHI, *Personality*, en P.L. HARRIMAN (director), *Encyclopedia of psychology*, Philosophical Library, Nueva York 1946, p. 458.

CARÁCTER.

El término *carácter* despierta un interés no menor que el término *personalidad*. Ambos se emplean a menudo uno por otro, intercambiándolos, aunque el primero es de origen latino y el segundo de origen griego y significa señal o marca grabada, incisión. Es la marca o sello de un hombre, su conjunto y configuración de características, su estilo de vida. El más famoso entre los autores que emplearon este término en la antigua Grecia fue Teofrasto, discípulo de Aristóteles. Escribió muchos esquemas de caracteres, de los que se conservan una treintena. En el capítulo VIII examinaremos su interesante método.

Actualmente, como hemos dicho al principio de este apartado, estos dos términos se emplean a menudo como sinónimos. Los psicólogos europeos parecen tener preferencia por *carácter*, mientras que los americanos usan predominantemente *personalidad*. Existe un interesante motivo para tal diferencia. *Persona* significa originariamente máscara o careta; *kharakter* significaba marca (grabada). El primero de estos términos sugiere apariencia, comportamiento perceptible desde fuera, cualidad superficial; el segundo sugiere una cosa profunda y fija, tal vez innata, una estructura básica. La psicología americana tiene preferencia por el medio; su orientación behaviorista le invita a destacar el papel del movimiento exterior, de la acción visible. La psicología europea, por el contrario, tiende a subrayar lo que hay de innato en la naturaleza del hombre, lo que está profundamente grabado en él y es relativamente inmutable. Freud, por ejemplo, habla frecuentemente de estructura del carácter, pero raramente se refiere a la personalidad. En Europa, se emplea mucho el término *caracterología*, que pocas veces se usa en América. Los psicólogos americanos han escrito muchas obras en cuyo título figura la palabra «personalidad», pero pocas con el título de «carácter» o «caracterología». Como vemos, la antigua diferencia de matiz en estas voces puede explicar las preferencias que en su uso se muestran en diversas regiones del mundo¹³.

El término *carácter* ha adquirido un sentido especial, además de su significación originaria de marca o señal. Cuando decimos de una

13. Para un más completo examen de estas diferencias, puede consultarse G.W. ALLPORT, *European and American theories of personality*, trabajo contenido en la obra *Perspectives in personality theory*, dirigida por H.P. DAVID y H. VON BRACKEN, Basic Books, Nueva York 1957, capítulo 1.

persona que tiene «buen carácter»¹⁴ nos referimos a su excelencia moral. Pero si decimos que tiene una «buena personalidad», queremos significar meramente que es socialmente eficaz (es el uso popular de que hemos hablado al principio de este capítulo). De modo que cuando hablamos de carácter es probable que impliquemos un criterio moral y hagamos un juicio de valor. Esta complicación molesta a los psicólogos que desean mantener la estructura y el funcionamiento de la personalidad independientes de todo juicio de evaluación moral. A ello se debe en buena parte que en la obra presente preferimos el término *personalidad*. El lector sagaz dirá tal vez: «La importancia que da el autor a la estructura interna corresponde a lo que los antiguos griegos entendían por carácter.» Es muy cierto, pero el sentido de valor y de juicio que se ha dado a «carácter» ha sido causa de que no nos decidiéramos a usar esta voz.

Claro está que puede formarse un juicio de valor sobre la personalidad globalmente o con referencia a una parte de la personalidad: «Es una persona noble», «Tiene muchas cualidades agradables». En ambos casos, afirmamos que la persona en cuestión posee características que, juzgadas de acuerdo con criterios sociales o morales exteriores, son deseables. El hecho psicológico escueto es que las cualidades de tal persona son simplemente tal como son. Algunos observadores (o algunos tipos de cultura) pueden considerarlas nobles y agradables. Otras personas u otras culturas pueden juzgarlas opuestamente. Por este motivo y para mantenernos de acuerdo con nuestra definición, preferimos definir el *carácter* como *personalidad valorada*; también puede considerarse la *personalidad* como el *carácter sin valoración*.

El término *característico* es de otra naturaleza. Lo hemos empleado en nuestra definición de la personalidad porque, afortunadamente, no ha tenido la aureola de valoración de su primitivo. No implica ningún juicio moral. Por su significación, se halla muy próximo al sentido originario de carácter. Se comprenden en él costumbres, rasgos, actitudes e intereses, todas las marcas de la individualidad. Es un hecho curioso que «característico» haya conservado su sentido primitivo, mientras que «carácter» ha añadido a su significación originaria matices nuevos.

Antes de dar por terminado el estudio de esta cuestión, nos referiremos a un empleo adicional del término *carácter*. Algunos psicólogos

14. En inglés, *good character*. En castellano, buen (o mal) carácter viene a ser lo mismo que buen (o mal) genio. (Nota del traductor.)

lo consideran como una parte especial de la personalidad. Uno de ellos lo define como «el grado de organización éticamente eficaz de todas las fuerzas del individuo». Otra definición es la siguiente: «una disposición psicofísica duradera a inhibir impulsos de acuerdo con un principio regulador». Se han publicado un cierto número de investigaciones con el título de *Studies in Character* o *Dimensions of Character*¹⁵. Estos trabajos se refieren a la honradez, el dominio de sí mismo, la consideración a los demás y la religiosidad en los niños.

El hecho de que un niño o un adulto tenga ideas morales, conciencia y creencias religiosas es muy importante para el estudio de su personalidad, porque se trata de características de su estructura interna. También es importante saber si una persona tiene «disposición a inhibir impulsos de acuerdo con un principio regulador». Pero estas tendencias se hallan dentro de la *personalidad*. El hecho de que sean percibidas y juzgadas favorablemente no altera el caso. Por todo ello, preferimos no considerar el carácter como una región especial de la personalidad. Podemos mantener nuestra simple definición del carácter como *personalidad valorada*. La teoría ética es una importante rama de la personalidad, pero no debe confundirse con la psicología de la personalidad.

TEMPERAMENTO.

Desde la antigüedad ha llegado hasta nuestra época la doctrina de que el temperamento de una persona está determinado en gran parte por los «humores» (secreciones glandulares) del cuerpo. La palabra *temperament* entró en la lengua inglesa en la edad media junto con la doctrina de los cuatro humores (cap. III). Significaba entonces (y continúa significando) «una constitución o hábito mental que depende especialmente de la constitución física o está relacionada con ella». Las investigaciones sobre el temperamento se catalogan frecuentemente en la actualidad en la «psicología constitucional».

El temperamento, como la *inteligencia* y la *constitución física*,

15. La primera definición citada es de W.S. TAYLOR, *Character and abnormal psychology*, «J. abnormal soc. Psychol.», 21 (1926) 86. La segunda es de A.A. ROB-
BACK, *The psychology of character*, Harcourt, Brace, Nueva York 1927, p. 450. La serie de *Studies in Character* ha sido resumida en H. HARTSHORNE, M.A. MAY y F.K. SHUTTLEWORTH, *Studies in the organization of character*, Macmillan, Nueva York 1930. Cf., además, E.M. LIGON, *Dimensions of character*, Macmillan Nueva York 1956.

puede considerarse como una especie de material en bruto con el que se constituye la personalidad. Estos tres factores se basan en gran parte en la determinación genética; son, por consiguiente, los aspectos de la personalidad más dependientes de la herencia. El temperamento se refiere al clima químico o interno en el que se desarrolla la personalidad. Cuanto más anclada está una disposición en el suelo nativo constitucional, más se considera incluida en el temperamento. «Su temperamento natural es alegre.» «Tiene un temperamento calmoso y apático.»

Un reducido número de autores, especialmente en Gran Bretaña, emplean a veces esta palabra como un equivalente de «personalidad»; dicen, por ejemplo, «tests de temperamento» en lugar de «tests de personalidad». Pero este uso es excepcional y tiende a disminuir. En cambio, algunos autores que escriben sobre el limitado tema del temperamento emplean erróneamente términos de significado más amplio, como en los siguientes títulos de libros: *Glándulas reguladoras de la personalidad*, *Constitución física y carácter*, *Bases biológicas de la personalidad*. En estos tres casos hubiese sido más apropiado hablar de «temperamento».

Para que puedan realizarse los progresos que sería de desear en el estudio del temperamento, se necesitarían más investigaciones sobre genética humana, bioquímica, neurología, endocrinología y antropología física. Sabemos que la personalidad está condicionada en gran parte por el temperamento, pero no conocemos con precisión las fuentes del temperamento.

¿Qué se incluye en el temperamento? No es posible dar una respuesta exacta. Cuando decimos de una persona que se asusta fácilmente, o que tiene fuertes (o débiles) impulsos sexuales, o que tiene mal genio, etc.; cuando decimos de alguien que es por su natural cachazudo e inactivo y que otro individuo es excitable y enérgico, describimos temperamentos. Se han realizado diversos intentos de análisis de las dimensiones básicas del temperamento con la ayuda de tests psicológicos, pero no se ha llegado a un acuerdo.

Parece probable que un factor primario corresponde al impulso o vigor (o a su opuesto: *apatía*). Las constituciones de intensos impulsos pueden relacionarse con metabolismos elevados e intenso funcionamiento del tiroides¹⁶. Pero nuestro conocimiento sobre la base

16. C.J. ADCOCK, *The differentiation of temperament from personality*, «J. gen. Psychol.», 57 (1957) 103-112.

física todavía no es seguro; tampoco sabemos cuántas dimensiones adicionales necesitamos para satisfacer el propósito de una clasificación que nos presente las principales formas de temperamento¹⁷.

A falta de un más preciso conocimiento de lo que es el temperamento, presentamos la definición siguiente, representativa del uso psicológico corriente y apropiada a los objetivos que nos proponemos en la presente obra.

«Temperamento» se refiere a los fenómenos característicos de la naturaleza emocional de un individuo, incluyendo su susceptibilidad a la estimulación emocional, la fuerza y la velocidad con que acostumbra a producirse las respuestas, su estado de humor preponderante y todas las peculiaridades de fluctuación e intensidad en el estado de humor, considerándose estos fenómenos como dependientes en gran parte de la estructura constitucional y predominantemente hereditarios.

Esta definición no implica que el temperamento sea inmutable, que no varíe desde el nacimiento hasta la muerte. Al igual que la constitución física y la inteligencia, el temperamento puede variar, dentro de ciertos límites, a causa de influencias médicas, quirúrgicas y nutritivas, como también por acción del aprendizaje y de las experiencias que tienen lugar en el curso de la vida. El temperamento puede modificarse a medida que se desarrolla la personalidad. Pero existen en nuestra dotación congénita niveles constitucionales, químicos, metabólicos y nerviosos que imprimen su sello característico en el individuo toda la vida. Pueden producirse cambios, pero no son ilimitados.

RESUMEN.

Hallamos en Voltaire la frase siguiente: «Si queréis conversar conmigo, definid primeramente los términos que empleáis.» Esta defini-

17. Se hallará una útil revisión del estado actual de los conocimientos sobre esta cuestión en S. DIAMOND, *Personality and temperament*, Harper, Nueva York 1957, capít. 7 y 8. En opinión de Diamond, la investigación en animales y los análisis factoriales del temperamento humano «contienen repetidas indicaciones de la importancia de las disposiciones a conductas de cuatro distintos tipos: *afiliativa*, *agresiva*, *miedosa* y *controlada* (o impulsiva)» (p. 171). Cita a numerosos autores que, aun empleando términos variables, se refieren, según Diamond, a los tipos básicos citados. En mi opinión, las denominaciones que emplea parecen denotar rasgos de personalidad más bien que disposiciones constitucionales (que son las que constituyen el verdadero temperamento); sin embargo, es posible que existan disposiciones fisiológicas en la base de esta clasificación (u otra clasificación análoga) de las tendencias del temperamento. Es necesario proseguir los estudios sobre esta cuestión.

ción, necesaria para un diálogo provechoso, es especialmente indispensable cuando se trata de términos altamente abstractos, como *personalidad, carácter y temperamento*.

Mi definición de personalidad es «esencialista». Personalidad es lo que una persona «es realmente», independientemente del modo con que otras personas perciben sus cualidades o de los métodos mediante los cuales son estudiadas. Nuestra percepción y nuestros métodos pueden ser erróneos, del mismo modo que un astrónomo puede equivocarse al tratar de averiguar la constitución de un astro. Pero el astro existe, invitando a su estudio. Mi definición no pretende negar, claro está, que la persona pueda variar con el tiempo ni tampoco que su conducta sea distinta en situaciones diversas. Afirma, simplemente, que la persona posee una estructura interna y una gama de características variables, pero determinables. Nos proponemos estudiar esta estructura.

«Carácter» es un término del que podemos prescindir, puesto que se refiere a la evaluación de la personalidad. «Característica» conserva su sentido originario de marca o señal, única, propia de un individuo determinado. Es un término conveniente para nuestro objeto.

«Temperamento», como «inteligencia» y como «constitución física», se refiere a materiales con los que se construye la personalidad. La dotación temperamental de un individuo no es inmutable, pero establece límites en el desarrollo de la personalidad. En el capítulo siguiente continuaremos tratando del temperamento.

III. CONCEPCIONES PRETÉRITAS

LOS CUATRO TEMPERAMENTOS. — FISIOGNÓMICA. — CARACTEROLOGÍA LITERARIA. — FRENOLÓGIA. — SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX. — GALTON Y LA EXPERIMENTACIÓN. — RESUMEN.

No queremos presentar aquí un museo de antigüedades y extrañezas. Los esfuerzos que ha realizado el hombre durante siglos para elaborar una ciencia (o una presciencia) de la personalidad humana condujeron no pocas veces a caminos sin salida y a absurdos. Pero es igualmente cierto que ha habido en épocas pasadas penetrantes conceptos, importantes lecciones que no debemos ignorar. Consideraremos en este capítulo algunos interesantes puntos de vista de tiempos anteriores e indicaremos su influencia sobre la investigación y la teoría actuales.

LOS CUATRO TEMPERAMENTOS.

La más antigua teoría psicológica de que tenemos conocimiento es al propio tiempo la teoría que mayor influencia ha ejercido a través de los siglos. En ciertos aspectos, todavía se halla presente en el espíritu y las investigaciones de la ciencia moderna.

Esta teoría tiene su origen en la antigua creencia griega, cuya primera formulación se atribuye a Empédocles, en el siglo v a.C., de que todo en la naturaleza se compone de cuatro elementos: *aire, tierra, fuego y agua*. En una segunda fase, Hipócrates, «el padre de la medicina», afirmó que esta fórmula de la naturaleza en su totalidad (en el macrocosmos), se reflejaba en la constitución del hombre (el microcosmos). Mucho antes de que se conociera la endocrinología, afirmó